

LA EDUCANDA,

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.



Año II.

Jueves 1.º de Mayo de 1862.

Núm. 33.

EL AMOR CONYUGAL.

El indagar en qué consiste la felicidad, es cuestion que ha ocupado á todas las escuelas filosóficas, que ha sido tratada por todos los hombres, y que será discutida mientras haya criaturas humanas que sufran y piensen, mientras permanezcan velados los misterios del alma y de la vida.

Nosotros, sin penetrar en estas profundidades, y adoptando las ideas de sentido comun suficientes para el asunto que nos ocupa, creemos poder decir que el carácter menos problemático de la felicidad, el que todo el mundo le reconoce, es la paz. Pero hay dos especies de paz: la una, inmóvil y oscura, no es mas que la impotencia de vivir y sentir, la paz de la piedra y del cadáver; la otra es una expansion armoniosa de todas las potencias de un sér sensible y racional, la alegría íntima, profunda y permanente que proporcionan al alma el ejercicio de una actividad sana y la satisfaccion de necesidades verdaderas.

Los manantiales mas vivos y puros de la felicidad humana son los afectos; y entre los afectos mas convenientes á nuestra naturaleza y que mejor llenan el corazon, el amor conyugal satisface una de las necesidades inseparables de nuestro sér: la necesidad de vivir en otro; así como el amor paternal ó maternal responde á la necesidad de renacer y revivir en otro.

Nada mas terrible para el hombre que el aislamiento, como se ha visto probado cuando

una generosa filantropía, dudando de la justicia de la pena capital, ha ensayado al reemplazarla con el encierro perpétuo. El hombre no puede soportar el aislamiento, porque en la soledad nunca desecha la idea de su *nada*: por eso los hombres edifican pueblos, forman sociedades, dan reuniones, corren á los paseos ó conservan intimidades; pero ni aun todo esto es suficiente; no es bastante el encontrar una mano amiga, palabras simpáticas, corazones afectuosos: lo que nos pesa sobre todo es el vacío, la soledad del hogar doméstico, la falta de un sér fiel con quien podamos contar en las enfermedades, en las alegrías, en los pesares y en todo momento supremo. He aquí por qué en ciertos casos el amigo suele unirse al amigo, el hermano al hermano, y lo que es mas interesante aun, el hermano á la hermana y el hijo á la madre; pero estas imitaciones ó desmembraciones de la familia no son la verdadera familia, sino bosquejos ó restos de ella. Hay una asociacion todavia mas íntima, determinada por la naturaleza, en que la debilidad se enlaza con la fuerza, la gracia con la seriedad, las blandas ternuras con la razon austera y el trabajo con el placer: asociacion indispensable para la conservacion del linaje humano y llena de encantos para el individuo.

El sentimiento que constituye á la familia debe tener su razon de ser, puesto que no es hechura nuestra y procede de Aquel que lo ha hecho todo. Este sentimiento tiene dos caracteres notables: una extension extraordinaria y una fuerza singular de transformacion; abra-

za enteramente al hombre por los sentidos y por el alma; y en el alma toca y mueve todas las facultades, las mas vivas y las mas graves, las mas delicadas y las mas profundas: la imaginacion, el entendimiento, el corazon y hasta la razon; pues, como dice Pascal, que no se desdenó escribir sobre este asunto profano palabras admirables, «el amor y la razon no son sino la misma cosa: es una precipitacion de pensamientos que se fija en un extremo sin examinarlo todo bien; pero es siempre una razon. Los poetas no han tenido razon en pintarnos al amor como un ciego: necesario es quitarle su venda y devolverle en adelante el goce de sus ojos.»

De todos nuestros sentimientos, el amor es el que parece tener mas miras hácia los lados misteriosos é indefinidos de nuestro sér: por eso se asocia tan bien á la poesia, que no es únicamente recreo de la imaginacion y adorno de la inteligencia, sino que, en las almas elevadas, es una parte de la vida. Platon, que es, como todo el mundo sabe, el gran filósofo del amor, no temió llamarlo «un entusiasmo, un delirio enviado por los dioses.» No ignoramos que esta exaltacion suele producir efectos deplorables; pero no por culpa del sentimiento mismo, sino del hombre que no sabe contenerlo y gobernarlo. Todos nuestros sentimientos, cuando están dirigidos por un espíritu falso y una voluntad firme, son susceptibles de extravíos; pero esta no es una razon para negar lo que hay de sublime en ellos; y una sociedad que no supiese reconocer esta parte elevada de los sentimientos, estaria condenada á perecer, cualquiera que fuese su poder exterior y el esplendor de su industria.

Aparte de esto, la exaltacion está distante de ser indispensable al sentimiento del amor, que se acomoda maravillosamente á todas las situaciones de la vida y á todos los caracteres humanos. Apacible en los corazones sencillos, puede ser apasionado sin desórden en las almas enérgicas, heróico, contemplativo y algunas veces religioso; puede nacer en un ins-

tante ó resultar de una larga familiaridad; en ciertas ocasiones nace del deber; pero sin esta circunstancia puede permanecer puro y fiel.

Cualquiera que sea la forma que tome este sentimiento, es necesario no desentenderse de él; porque si su presencia es temible, su ausencia no lo es menos; bueno será que un ojo vigilante y una mano protectora separen de una imaginacion juvenil el peligro de las ilusiones novelescas; pero no conviene sacrificarlo todo á los estériles consejos de una razon seca y rastrera, no sea que no satisfechos los sentimientos naturales, busquen su alimento fuera del órden y del honor.

La pasion no dura mucho sino cierto tiempo mas ó menos largo, que se suele denominar con una frase ingeniosa y delicada; pero esto mismo tiene su razon; porque si es necesario que el hombre, para entrar en las grandes obligaciones de la familia, sea enteramente arrastrado á ella, importa mucho que, para llenarlos suficientemente, recupere la posicion de sí mismo y que la imaginacion deje libre al corazon para no obedecer mas que á la razon. Sin embargo, lo que el sentimiento pierde en frescura lo gana en madurez: la flor se marchita, pero las raices ahondan y se multiplican, y bajo la intimidad fria y monótona que aparece á los ojos de los indiferentes, hay nudos secretamente entrelazados con tanta fuerza, que su rotura suele desgarrar de una manera irremediable al corazon del que queda.

Así, pues, de todos los sentimientos humanos, el amor conyugal es el que satisface mas y mejor la necesidad de vivir y apoyarse en otro; y por consecuencia, el que disimula mejor el vacío y la nada del hombre: gracias á esta amalgama de dos existencias, la vida adquiere en cierto modo mas solidez: apoyados en un sér querido, creemos vivir, queremos vivir, y esto es un bien.

Confesamos que esta solidez no es mas que aparente, y que esto mismo, como todo cuanto se encuentra debajo de las estrellas, no es mas que ilusion. Se suele decir que el

hombre tiene necesidad de ilusiones, y no falta quien invite á buscarlas en la vida ficticia; pero las ilusiones se encuentran en la vida real, nos rodean por todas partes, y no podemos desprendernos de ellas ni un solo instante. Edificamos casas para reposar durante nuestra ancianidad, y es una ilusion, porque moriremos mañana; ofrecemos nuestro apoyo á una muger amada; ilusion, porque la dejaremos viuda ó la lloraremos en la soledad. Pero semejantes ilusiones son tan necesarias, que el dia que nos llegasen á faltar, solo habria paz para nosotros en la tumba.

J. T. L.

CONDICIONES

EN QUE HA DE HALLARSE UNA MADRE QUE HAYA DE EDUCAR CONVENIENTEMENTE UNA HIJA.

Mas de una vez, reflexionando sobre las disposiciones morales con que la madre se consagra á la educacion de sus hijos, nos hemos preguntado á nosotros mismos: ¿Habrá muchas y en qué clase de la sociedad que, á las ocupaciones y entretenimientos que ofrece una vida llamada de placeres, prefieran con sinceridad la dulce ocupacion de educar cumplidamente una hija? Por una parte hemos creido que, si bien lleva consigo esta tarea numerosas privaciones, penalidades y disgustos, demandando en ocasiones dadas hasta las ofrendas de una abnegacion tan heroica como cristiana, preciso es reconocer por otra que ninguna como ella puede proporcionarla mas gratas satisfacciones y alegrías, y de ningun otro trabajo recogerá frutos tan exquisitos y fecundos.

Pero la consideracion que, entre todas cuantas nos han ocurrido, satisface mas cumplidamente la pregunta, es la del hecho constante de que la madre que comienza con verdadero amor la educacion de una hija, persevera en ella, y en ella encuentra cada dia que pasa nuevos atractivos que la conducen in-

sensiblemente á emplear toda su vida en tan sublime objeto. ¿Y por qué este fenómeno para muchos inexplicable? Debiera bastar á los ojos de la razon que la muger, entregada al cumplimiento asiduo de los altos deberes de la maternidad, experimenta la mas dulce de las satisfacciones en la tranquilidad que por ello lleva á su conciencia: ¡bien precioso é inextimable, que no se cambia fácilmente por todos los demás bienes y placeres del mundo! Pero si aun pretendemos mas cumplidas explicaciones, reflexionemos sobre los hechos, y de ellos brotará la luz clara de un convencimiento irresistible.

No cabe duda que la muger, objeto de tantas preferencias, atenciones y halagos de parte del mundo antes de ser madre, y que por lo regular ha saboreado pocas amarguras y pasado por escasos sufrimientos relativamente al hombre de su misma condicion ó rango, no abraza fácilmente una vida de constante sacrificio con la espontaneidad que requiere el buen desempeño de la educacion, sin una causa superior é irresistible que la arrastre á ello. Pues bien: la naturaleza hace brotar de su corazon un torrente de ternura hacia el objeto cuya existencia se ha originado en su seno; y la madre, olvidando sus pasados goces, los concentra todos en el cuidado de su hija, y sacrifica á su conservacion todos sus afanes y cuidados sin fatiga ni trabajo; fija en ella todo su cariño, y ella se hace el objeto predilecto de su corazon. Con este sublime cambio en sus afecciones, nace una fuerza superior de voluntad y de accion, que la hacen sobrellevar tranquilamente todos los trabajos y pasar por las penosas y continuas vigiliias que nos parecen insoportables al espíritu mas esforzado. Así no es de extrañar que, arraigado el hábito sobre tan favorables condiciones, el trabajo que en sí lleva esta ocupacion, se haga de dia en dia mas fácil y agradable, toda vez que al propio tiempo ofrezca mas sensibles y lisonjeros frutos. Además de esto, la niña que ha pasado sus primeros años mostrando solo á la madre un

reconocimiento casi instintivo con dulces caricias, llega á pagar con inteligencia y cariño lo que esta le ha prodigado con su amor y asíduos cuidados; porque al mismo tiempo que la instruccion, ha recibido una cosa mas preciosa aun en la educacion, por la cual se realiza y consigue el perfeccionamiento del sér inteligente y moral, y por ella se identifica con la madre en pensamientos y sentimientos que ligan sus corazones y su destino.

Ahora bien: recorriendo todas las clases de la sociedad y estudiando las condiciones en que la madre se halla colocada en cada una de ellas, así como las relaciones que está obligada á mantener con todos y cada uno de los individuos que forman la familia, debemos confesarlo con lisura, la muger de la clase media es la mas favorablemente colocada para educar cual corresponde á una hija; y en ella y sus circunstancias es donde las madres que han tenido la suerte ó la desgracia de venir á posiciones mas altas ó mas humildes, deben buscar el tipo que ha de servirles de modelo para prepararse al buen cumplimiento de sus mas trascendentales deberes; porque si una madre de la alta clase siente en su corazon la necesidad de realizar por sí misma, y hasta donde ella puede y debe hacerlo, la educacion de su hija, preciso será que empiece por remover prudentemente cuantos obstáculos le opongan las circunstancias y condiciones de la vida á que la obligan las conveniencias de clase é intereses, hasta venir á constituirse en una situacion la mas aproximada á la de la muger de la clase media, que hemos dicho ser la mas favorecida.

En la clase media, que parece ser la mas privilegiada de la sociedad para realizar en todos sentidos los grandes objetos del destino humano, nada falta á la muger que ha de educar á su hija de cuanto es necesario en tan importante tarea; así como nada le sobra que pueda perjudicarla. Instruida y activa por necesidad, puesto que viviendo esta clase del trabajo de su inteligencia necesita en la muger cooperacion directa para multitud de

asuntos á que no descende jamás la alta y aristocrática señora, así como no tiene necesidad de elevarse á ellos y por siempre permanecen ignorados para la muger del jornalero, cuenta con recursos materiales suficientes y elementos morales de toda clase para favorecer la educacion maternal directa, y dedicarse sin perjuicio alguno á saborear las alegrías y goces que suceden á la de sus hijos; sin perder en nada de sus intereses, ni mucho menos relajar los hábitos y trastornar el orden de vida en que se hallan constituidos.

La vida de la clase media es tan concentrada y comunicativa entre sus miembros, que, del mismo modo que la permanencia bajo el mismo techo les obliga á respirar un mismo aire, los mismos objetos en que se ocupan, y á que todos mas ó menos cooperan, los hacen partícipes de los mismos pensamientos y los mismos deseos, que vienen á grabar en su corazon los mismos sentimientos sin violencia alguna.

La madre, sin intermediaria entre sí y su familia, lo dirige todo, todo lo interviene y aun ejecuta, y en todo halla una fuente inagotable de recursos para la educacion de su hija, á quien puede vigilar constantemente con el corazon como con la vista. Esta situacion crea entre ambas una intimidad sin límites, un trato de todos los instantes, guardando sus respectivas posiciones; y de ella nace una permanente comunicacion de caricias, deseos y oraciones que, trasmitidas en la mañana, han de ser objeto de sus pensamientos á la noche. ¿Cómo atravesar la corta separacion que esta exige sin que una y otra se sigan hasta en el sueño? Fácil es presumir los pensamientos que podrian ocuparlas. Pero ¿qué alegría tan inefable la de la madre al despertar! oye la voz argentina de su hija que la llama para pedirle una caricia que le paga anticipadamente con otra, dulce como el primer rayo del sol que reanima la flor débil aun en la temprana primavera. La ausencia de la noche, tantas horas sin decirse que se aman, se les han hecho un siglo: es preciso reparar el tiempo perdido,

y en todos los instantes, á todas las horas procurarán estar juntas, dedicándose á una misma ocupacion: la hija bajo la direccion de la madre, esta á su vista para corregir sus faltas, vigilar sus movimientos y gozarse en los adelantos diarios de su hija. Si algun deber imperioso la obliga á separarse, ¿qué de precauciones, dulces encargos á su hija para estar segura de la ocupacion que tiene durante su ausencia, y cuántas veces la anuncia y recuerda su vuelta inmediata ó instantánea!

A esta vida comun en que se constituyen madre é hija de la clase media; á tan favorables circunstancias para desenvolver teórica y prácticamente por sí misma la educacion de su hija sobre el mayor y mas interesante número de objetos de utilidad inmediata á las necesidades ordinarias de la familia, agreguemos la ventaja de que su inteligencia se desenvuelva con una instruccion esmerada que facilitan profesoras y profesores escogidos, que puede pagar con desahogo, todo bajo su inmediata influencia, sujeto á su cuidadosa é inteligente vigilancia, aprovechando todos los momentos y accidentes oportunos para conducirla á la práctica de todas las virtudes sociales y religiosas, por la correccion de sus defectos y el desarrollo incesante de las buenas cualidades de su carácter.

Pero no es esto solo, ni en la tarea de tan prematura educacion está lo mas delicado é interesante para la madre que desea perfeccionar la de su hija: despues de vencidas las primeras dificultades, cuando la inteligencia y el corazon de la jóven se desenvuelvan en una esfera mas ancha, ¿qué de cuidados, vigilancia y exquisito tacto para continuar la obra iniciada por el amor, continuada por el cariño, y que ha de terminar con una virtud inextimable! Sin embargo, antes de entrar á describir el papel de la madre en tan sublime tarea, veremos hasta dónde alcanza y prepara la direccion de un padre solícito y bien dispuesto á llenar con su hija los deberes que su educacion le impone hasta que pasa á ser digna esposa.

L. R. y P.

CARBON DE PIEDRA.

MINEROS.

II.

Despues de las nociones que hemos presentado sobre la naturaleza y terrenos en que se halla el combustible que un poeta ha llamado el *diamante negro de Inglaterra*, completaremos el ligero estudio que nos propusimos hacer con algunas ligeras indicaciones sobre los obreros que se dedican á los rudos trabajos de su estraccion subterránea: obreros cuya existencia está completamente absorbida por explotaciones inmensas y por imperiosas necesidades. Si quereis tender una ojeada sobre el fondo del oscuro cuadro que presenta una comarca carbonífera, transportaos, precedidas de un guia, á un terreno ondulado, y de allí á la cresta pelada y sin vegetacion de una montaña; atravesad una poblacion compuesta de casas dispersas, con muros agrietados, calles cenagosas y negras; seguid las huellas carbonosas de la hulla, y llegareis ante un conjunto formidable de máquinas de vapor, de cabrias con brazos, ruedas dentadas, volantes gigantescos, y vereis el movimiento impreso á todo: las maromas enrolladas ó que se cruzan por las poleas, desaparecen por las aberturas del terreno y salen poco despues trayendo grandes venas de carbon, que los hombres reciben, cargan en carros y amontonan. Todo ello ofrece el aspecto de una gran fábrica.

De distancia en distancia, se abren á flor de tierra orificios de cerca de dos metros de diámetro. Por aquí ha pasado la sonda y ha tocado con las riquezas interiores de la tierra. Mas allá una galería formada por postes de madera y gruesas tablas colocadas entre estos de trecho en trecho para constituir débiles muros, dejan paso á los trabajadores de esta triste riqueza para llegar á sus negros talleres.

Descienden por maromas, á cuyos cabos se suspende la vena, y bajan muchas veces á trescientos y cuatrocientos metros, como hemos indicado en nuestro anterior artículo. Construyen nuevas galerías, calles; se reunen y trabajan centenares de hombres sumidos en una atmósfera mefítica que respiran, mojados por la lluvia que destila á través de las hendiduras de las bóvedas y rodeados de una terrible oscuridad que las lámparas disipan apenas á los que pasan á su derredor. Allí reina un silencio sepulcral, interrumpido rara vez por las palabras ó el can-

to, y mas frecuentemente por el ruido del pico, la pólvora y el martillo.

El servicio de la mina se divide en muchas ramas, para que sus labores se puedan ejecutar con facilidad y precision. Los obreros por tanto, están clasificados y se distinguen principalmente el minador ó que trabaja con el pico, el que carga y conduce los carretones cargados sobre los rails, y el posteador que apuntala los trabajos á medida que se avanza en las galerías.

La mas alta categoría de estos trabajadores es la de minador ó picador, que arranca el mineral y al paso abre la galería, por cima de la cual están solamente los capataces y maestros.

La influencia de este sombrío laboratorio se deja sentir bien sobre sus pálidos moradores, que se consuelan muchas veces con la pasion de la bebida. Se los vé casi todos los dias sin proferir una queja, desayunarse con un pedazo de pan mas ó menos blanco y una cebolla con sal: ¡admirable frugalidad!

Su instruccion no es grande, lo que le hace en alto grado supersticioso, y muchas veces dispuesto á la insubordinacion; por lo que es necesaria cierta dosis de indulgencia de parte de sus inmediatos gefes, hasta el punto de perdonar á estos hombres que huyan alguna vez un trabajo que de un momento á otro les amenaza de mil maneras diferentes.

Si enumeramos la multitud de peligros que incesantemente rodean la vida del minero, no puede menos de aterrar su horrible catálogo.

1.º La explosion del gas hidrógeno, que no garantiza sino muy imperfectamente la lámpara de Davy, á pesar de las mejoras que en ella se han introducido.

2.º La asfixia por el gas ácido carbónico, lo mismo que por el humo que produce el incendio espontáneo de la hulla.

3.º Los derrumbamientos que resultan, ya de la vejez del posteo, ya del fraccionamiento del terreno.

4.º Las inundaciones procedentes de los rios inmediatos ó de antiguos trabajos abandonados.

5.º La respiracion de vapores arsenicales ó mercuriales en explotaciones donde hay mercurio ó arsénico.

6.º La explosion de la mina, siempre que el barrenado estalle antes de huir, porque la pólvora se inflamó con rapidez.

7.º Las caidas, ya por soltarse de las cuerdas,

ya porque estas se rompen, ya por numerosas imprudencias del mecanismo.

8.º En fin, los reumatismos, afecciones nerviosas contraídas por la estancia en las aguas ferruginosas y corrompidas, ó por llevar los piés desnudos y estar metidos hasta la cintura para la maniobra de las bombas.

Y para contrabalancear todas estas tristezas, el minero cuenta con muy escasas alegrías. Prisionero de la tierra, son muy pocos los dias que al año dedica por completo á disfrutar la luz y el aire, que no penetran jamás en los abismos donde se sumerge voluntariamente para buscar y arrancar el núcleo de vuestra opulencia. ¡Manufactureros, especuladores, comerciantes, propietarios de fábricas, hombres y mugeres de mundo, pagad un justo tributo al minero! ¡Vuestros hogares, vuestros hornos, vuestras máquinas de vapor, vuestros caminos de hierro, no se mueven y funcionan mas que por el trabajo de este hombre, por el fruto de sus negras y silenciosas jornadas! Esos espléndidos chales, esas deliciosas cintas, ligeros tules, gasas de espumosa blancura, todas esas frivolidades que se han tejido expresamente para vos, ¿sabeis, señoras, á quién los debeis? á los talleres que alimenta y hace mover el carbon del minero.

Toda la industria, todo el comercio ¿qué son sin él? Así, mis queridas lectoras, consagra un solo recuerdo al minero, que tanto contribuye con su trabajo á vuestra riqueza, vuestro bienestar, vuestros placeres y vuestras frivolidades.

T. R.

AMOR FILIAL.

PRIMERA PARTE.

Virtud.

I.

—¡Cómo! ¿quieres dejarme?—decia con profunda admiracion el príncipe Tolskoy á su querido *mugik*,—es imposible; no te habré entendido bien.

—Sí, señor,—contestó el *mugik* en voz baja y temblorosa.

—Es imposible, te digo,—replicó el príncipe;—¿qué quieres que haga sin tí, que has sido mi compañero desde la infancia? Tú has recorrido la Europa conmigo, participando de mis peligros, como de mis satisfacciones: despues has sido el único confidente de mis amores y de mi casa—

miento; y cuando los montañeses me robaron mi hija querida, tú los seguiste paso á paso, á pesar de los riesgos á que te exponias, y no paraste hasta recobrarla y ponerla en los brazos de su madre, moribunda de pena. ¿Qué causa te obliga á abandonarme? ¿Qué te falta? Tú no eres un criado, sino un amigo: quédate con nosotros, Wasili.

El *mugik* no contestó.

—Pero, ¿cómo he de pasar sin tí?—añadió el príncipe paseándose agitado por el salon:—estoy acostumbrado á verte á cada instante, te necesito, te amo, y contigo mi corazon se abre todo para comunicarte mis pensamientos mas secretos. ¡Ingrato!

A esta última palabra, Wasili se estremeció, y miró con aire suplicante á una jovencita que, extraña en la apariencia á la escena que ante ella pasaba, seguia todos los detalles con grande interés, contestando con un signo negativo á la suplicativa mirada del *mugik*. Palideció este al observar el ademan de la jóven, y bajó la cabeza: poco despues, levantándola resueltamente, dijo:

—Señor, mi resolucion está tomada. Es preciso que os deje.

El príncipe se volvió bruscamente al oir esto, y contestó:

—Pues bien, vete y no vuelvas á presentarte delante de mí: ya no te conozco.

Apenas hubo salido aquel buen servidor, el príncipe quedó sumido en un triste silencio, del que le sacó una voz fresca y argentina, que le decia:

—¡Papá, querido papá! ¿por qué os afligís de ese modo? Wasili cree sin duda ser mas afortunado lejos de vos.

—Nó, tú no le conoces bien: jamás podrá acostumbrarse á no estar á nuestro lado. ¿Qué motivos le obligarán á dejarnos?

—La afición á la novedad.

—¡Ah! Querida Olga, si supieses los sacrificios que ha hecho por mí, no hablarías de ese modo.

—Contádmelos: tendré un gran placer en saberlos.

—Ante todo, debes saber que Wasili no es lo que parece: su nacimiento es aun mas noble y elevado que el mio.

Olga miró á su padre con admiracion.

—Para explicártelo debo remontarme bastante en mis recuerdos,—dijo el príncipe sonriéndose al contemplar la sorpresa de su hija.—No hace todavía diez años que la parte de la montaña en que nos hallamos se mantenía independiente de la autoridad del Czar, que en vano habia intentado someterla: pues bien, hija mia, contaba yo apenas seis años, y residia en este castillo con mis padres, cuando en una oscura noche de otoño me despertó un grande estrépito, al que siguieron los gritos de ¡á las armas! ¡á las armas! ¡que vienen los montañeses! Mi madre, inspirada por su amor hácia mí, y no encontrando

mejor medio de ocultarme á la vista de aquellos bárbaros, me hizo entrar en un nicho abierto en uno de los ángulos del salon, donde me ocultaba á todas las miradas una bella imágen de la Virgen María.—No te muevas, me dijo mi madre, y sea lo que quiera lo que veas, permanece tranquilo. Y vos, Santísima Virgen, protegéd á mi hijo, yo os le confío:—dicho lo cual, corrió á reunirse con mi padre. Oyóse á poco un vivo fuego de fusilería que me hacia estremecer en el asilo que mi tierna madre me habia escogido: al cabo de un largo rato sintiéronse lejanos los disparos, que al fin cesaron completamente, abriéndose entonces con violencia la puerta de la habitación para dar paso á una multitud de nuestros criados, que arrastraban entre ellos á un niño montañés, cuyo traje, roto y salpicado de sangre, atestiguaba la viva resistencia que el jovencito habia opuesto á sus enemigos.—Tú pagarás por todos,—le decia uno de los *mugiks* de mi padre,—y tu muerte vengará las de nuestros compañeros sacrificados por los tuyos.—El niño, en tanto, estaba tranquilo é inmóvil: yo admiraba tanto valor; y comprendiendo, á pesar de mi corta edad, aquella grandeza de alma, salté de mi escondite, me precipité en medio de los servidores de mi padre, y puesto delante del prisionero, exclamé:—No quiero que le mateis: no lo permito.—Bien sabes, querida Olga, hasta dónde llega la obediencia pasiva de los rusos; y así, no te admirarás al saber que todos aquellos hombres tan furiosos se sometieron á la voluntad de un niño de seis años: aprovechándome de esto, tomé la mano del valiente montañés, y le dije:—Vete, eres libre.—El niño me miró sorprendido, y yo añadí:—Te digo que estás en libertad: ven conmigo, y yo te haré salir.—Mandando entonces á los criados que me seguian, llegué á una puerta falsa del jardin, la hice abrir, y mostré con la mano el camino al montañés: detúvose este indeciso por breves momentos; despues, partió veloz, mas volvió en seguida para decirme:—Escucha, puede ser que algun día vayas á la montaña: toma este puñal que he logrado ocultar á mis enemigos, y si llegas á verte en peligro, dí que Djemmal te le ha dado, y nadie se atreverá á hacerte daño: adios.—Quedé yo muy contento: gozaba en contemplar mi preciosa arma, cuando mi alegría fué turbada por los gritos de mi madre, que no hallándome en el salon, creyó que los Tcherkesses me habian robado: tranquila al verme, me abrazó con efusion aplaudiendo mi generosidad y respondiendo á mi padre, cuando decia que mejor hubiera sido retener prisionero á Djemmal, hijo de uno de los príncipes de la montaña, *pues una buena accion recibe siempre, tarde ó temprano, su recompensa*. ¡Buena y excelente madre: el amor maternal la hizo leer lo porvenir!

Dos años pasaron en la mayor tranquilidad; pero una noche, durante la ausencia de mi padre, fué de nuevo atacado el palacio, sacrificada al número y al furor de los

bárbaros la mayor parte de nuestros criados, y mi madre y yo llevados á las montañas como prisioneros. Mi pobre madre, ya muy delicada, no tuvo fuerzas para resistir aquel golpe fatal, y llegó moribunda á la primera aldea que encontramos: yo daba espantosos gritos, hasta que acercándoseme un montañés, levantó la mano para castigarme; mas al ver su ademan, se encendió mi sangre moscovita, y frenético de ira, saqué mi puñal para defenderme. El montañés se quedó entonces como estupefacto, y cambiando algunas palabras con sus compañeros, me preguntó cómo tenía yo aquel arma.

—Djemmal me la ha dado,—contesté yo con fiereza;—y si nos haces el menor daño, se lo diré todo.

Aquel nombre mágico fué un poderoso talisman que nos libró de los ultrajes de los Tcherkesses, y á lo menos, mi desdichada y querida madre pudo morir en paz, bien que con el dolor de dejarme solo y entre aquellos hombres.

Cierta mañana, que lloraba yo mi soledad y mi desgracia, una voz dulce y cariñosa pronunció á mi oído estas palabras:—¡Pobre niño! Ya no sufrirás mas, porque Djemmal viene en tu socorro.—Al volverme reconocí á mi antiguo protegido, y me arrojé en sus brazos. Enumerarte, querida Olga, los cuidados que me prodigó, sería de todo punto imposible: baste decirte que al lado de mi jóven protector me consideré casi feliz.

Como los montañeses no concedían mi libertad sino bajo condiciones que el emperador no podía aceptar, y mi cautividad amenazaba durar toda mi vida, Djemmal decidió mi fuga, y en una oscura y fria noche de invierno abandonamos las montañas, procurando ocultarnos lo mejor que pudimos, de modo que al cabo de tres dias de fatiga y cansancio, llegamos á los límites de los dominios de mi padre.

—Es preciso separarnos,—me dijo Djemmal:—vuelvo con los míos á internarme en las montañas, y tú ve á reunirme con tu familia.

Al ver que me dejaba, me eché á llorar; pero Djemmal, mas animoso y decidido, llamó á la primera puerta que hallamos, y se alejó.

Grande fué la sorpresa de los dueños de la casa á cuya puerta me separé de mi amigo; inmediatamente me llevaron al palacio de mi padre, que pensó volverse loco de alegría al estrecharme de nuevo en sus brazos.

En tanto el pobre Djemmal era tratado por los suyos como traidor: su padre le arrojó de su casa, y él, huyendo de la muerte con que le amenazaba, se vió obligado á salir de los dominios de aquel.

Al cabo de algunos dias se presentó á mi padre, y le dijo noblemente estas sencillas palabras:—No tengo patria ni familia, ¿me admites al servicio de tu hijo?—Nó; serás su amigo, contestó mi padre.

Djemmal no quiso aceptar un asilo con esta condi-

cion: cambió su nombre, y solo permitió ser mi *mugik* favorito.

Después de algun tiempo pensó casarse con la hija de uno de los súbditos de mi casa, de quien se prendó hallándome ausente; pero á mi regreso, ignorando yo esta circunstancia, vi á la jóven, y me enamoré locamente de ella, decidiéndome á unirme con Fátima (este era su nombre), á pesar de que el Czar me tenía destinado á ser esposo de una prima suya.

Wasili, noble y generoso, disimuló su honda pena, y fué el confidente de mis amores, el único testigo de mi casamiento y nuestro mas fiel amigo. Mas adelante, cuando ya habías nacido, supe el inmenso sacrificio que Wasili habia hecho por mí; pero nunca le hablé de él, porque su alma es tan delicada y generosa, que es preciso evitar el herir su sensibilidad, dando á conocer que se le ha adivinado.

Cuatro años contabas, Olga mia, cuando te arrebataron violentamente los Tcherkesses, y entonces Wasili prometió á tu madre que te volveria á sus brazos: para cumplirlo marchó solo, aunque su cabeza estaba puesta á precio, y al cabo de dos meses, eternos para nosotros, volvió contigo. ¿Creerás ahora, hija mia, que se resuelva á dejarnos por un capricho? ¡Oh! nó; conozco bien su corazón, y estoy seguro de que al marcharse no lo hace sino por servirme mejor, sacrificándose por mi felicidad. Ello es un misterio para mí, mas no puedo creer que toda una vida de abnegacion y desinterés pueda ser desmentida en un instante: mi fiel Wasili volverá pronto.

Sin embargo, pasaron dias y semanas, y el *mugik* no pareció.

II.

Seis meses antes de las escenas precedentes y principio de esta historia, habia recibido el principe Tolskoi frecuentes visitas de uno de sus antiguos amigos y compañeros, con motivo del fallecimiento de la madre de Olga, ocurrido poco antes: en ellas le instó repetidamente para que acudiese con sus súplicas al emperador, pidiéndole que le permitiera recobrar su alto puesto en la corte; y aunque al principio resistió algun tanto el principe, cedió, por fin, á los deseos é instancias de su amigo, elevando al Czar su peticion.

Poco después recibió Tolskoi un correo de la corte con la ansiada respuesta del Czar; mas apenas hubo el principe leído esta, su rostro se puso pálido, sus ojos se nublaron, y desde entonces dominó su espíritu una profunda tristeza, de que nada, ni aun las caricias de su hija amada, podían distraerle; pues antes bien pareció que el amor de Olga le entristecía mas.

Presente esta interesante jóven á la llegada y lectura de la mision del Czar, comprendió el efecto que causara en su padre; pero no se atrevió á preguntarle el conteni-

do de aquella, aunque ardía en deseos de conocer la razón del pesar del príncipe. Educada por su virtuosa madre, Olga sabía que sacrificarse por una persona amada es un verdadero placer; y buscaba en su mente un medio de combatir el mal de su padre, aun á costa de su propia felicidad.

Gozaba la primera de una salud delicada, y su físico estaba muy poco desarrollado, pues á pesar de sus quince años, no representaba mas que diez, segun lo pequeña, pálida y delgada que estaba: sus facciones eran regulares, y sus ojos de un azul muy oscuro, tan grandes, que daban á primera vista un carácter extraño á su fisonomía; mas, pasado el primer momento, ejercía una fascinación, un encanto irresistible su mirada, ya dulce, ya viva y animada.

Bajo tan débil apariencia, ocultaba la jóven un alma enérgica y grande: nunca le agradaron los bulliciosos juegos de la infancia, mostrando desde muy niña una afición muy pronunciada al estudio; por lo que su padre la rodeó de maestros que cultivaron su precoz talento. A estas cualidades reunía una sensibilidad y una ternura que, reconcentradas en su padre desde la muerte de su madre, predisponían el corazón de Olga para los mayores sacrificios por la felicidad de su querido padre.

Inquieta por la melancolía de este, empleó toda su perspicacia, á fin de adivinar el secreto que la ocultaba, hasta que una conversacion, que sorprendió del príncipe con Wasili, la puso al corriente de lo que tanto deseaba saber. Y desde aquel instante tomó su resolución, no pensando ya mas que en los medios de ejecutarla.

III.

Una noche, pocos dias despues de la marcha de Wasili, abrazó Olga á su padre con mas ternura que de ordinario, volviendo una y otra vez á su lado para abrazarle y besarle, como si una fuerza invencible la impidiese separarse de él: al fin se decidió, y saliendo precipitadamente de la habitacion de su padre, se dirigió á la suya, donde pálida y agitada se dejó caer en un sillón. Sin duda que habia en su interior una lucha violentísima; pero armándose de toda su energía, se envolvió la noble niña en su pelliza de viaje, ocultó su cabeza bajo un amplio capuchon, y arrodillándose ante el retrato de su buena madre, la dirigió estas palabras:

—Madre mia, bendice á tu hija, y en el lugar de los bienaventurados, adonde te han elevado tus virtudes, ruega al Señor por mí.

Mas animada despues de esta breve plegaria, esperó: pocos momentos habian pasado, cuando una viva luz brilló del lado de las montañas. Era la señal convenida.

Al pasar por delante de la habitacion de su padre, la jóven se detuvo y escuchó; pero no percibió mas ruido

que el vivo latido de su propio corazón: todo era silencio en aquel inmenso castillo.

—Adios, padre amado: que el gran sacrificio que hago alcance á devolverte tu felicidad perdida,—dijo Olga con voz ahogada por las lágrimas.

Llegado que hubo á la gran verja del parque, vió á un hombre de alta estatura que avanzaba hácia ella y que, aproximándose respetuosamente, la dijo:

—Princesa, aun es tiempo de renunciar á vuestro generoso proyecto: podeis volver á entrar en el palacio sin que nadie note vuestra salida.

—Nó, querido Wasili, lo he reflexionado bien, y es preciso que me aleje.

—¿Habeis considerado la vida de privaciones que vais á emprender, la pérdida de vuestro rango, las humillaciones y trabajos que os aguardan?

—Sí: todo lo he pensado; pero ¿no vas á ser tú mi protector?

—Sin duda; pero soy pobre, y con todos mis cuidados no podré proporcionaros las comodidades, el lujo á que estais acostumbrada.

—Lo sé, y estoy resignada á soportarlo todo por hacer dichoso á mi padre.

—¡Dichoso! Y ¿pensais que pueda serlo creyendo muerta á su querida hija?

Olga se estremeció, contestando tristemente:

—Oyeme, Wasili. Despues de la carta fatal que ponía por condicion del regreso de mi padre á la corte imperial el abandono de su hija, la felicidad ha huido de nuestro hogar: en vano el sentimiento del orgullo de clase, el instinto de la vanidad habla al corazón del príncipe, que jamás renegaría de la hija que le dió su esposa; mas me apercibo de que sin confesárselo á sí mismo, desea en el fondo de su alma que de un modo ú otro desaparezca el obstáculo que le aleja de la grandeza, y quizá lamenta haber elevado hasta él á una muger del pueblo. Padece, y seguirá padeciendo en tanto que Olga permanezca á su lado: yo soy, pues, quien debe devolverle su libertad, rompiendo el único lazo que le impide volver á la corte; y ya que mi madre me enseñó que el amor filial es el mas poderoso de todos, debo asegurar la tranquilidad de mi padre, puesto que puedo hacerlo. Mi madre era una pobre aldeana: déjame entrar en su clase, y verás cómo no desfallece mi corazón ante la obligacion que me he impuesto.

Wasili dudaba aun; pero Olga, para vencer su irresolucion, exclamó resueltamente:

—Te repito que mi voluntad es irrevocable, y nada me hará desistir.

Entonces Wasili no dudó ya, indicándola que le siguiese. Avanzaron hácia el bosque, que estaba al pié de la montaña, y pronto penetraron en la espesura de los árboles: de vez en cuando un rayo de luna, deslizándose

al través de alguna nube, los hacia aparecer, sumiéndose de nuevo en la oscuridad al ocultarse la luna entre las nubes.

Después de marchar así como un cuarto de hora, llegaron al borde de un precipicio, cuyas mugientes aguas, rodando extrepitosamente, se oían en el fondo de un inmenso abismo, haciendo mas horrible el aspecto de la muerte, que se presentaba como cierta al imprudente temerario, ó á quien hubiese arrastrado por aquella pendiente, una fatal caída.

—Vuestro chal, princesa, dijo Wasili.

Olga se lo dió, y el fiel servidor empezó á bajar hácia el abismo.

—¡Vas á matarte!—exclamó angustiada la interesante jóven.

—No tengais cuidado: soy hijo de las montañas, y mi pié sabrá detenerse donde convenga.

A pesar de esta seguridad, Olga seguía todos sus movimientos con ansiedad creciente. En cuanto á Wasili, despreciando el peligro, avanzaba con paso firme por la aspereza de las rocas; al llegar á la mitad del precipicio tomó el chal en sus manos, lo rompió en dos pedazos, y arrojando uno de ellos al fondo del abismo, suspendió el otro en las ramas de los arbustos que sobresalian entre las peñas.

Al tiempo que subía, tuvo la precaucion de apartar las plantas y ramas á uno y otro lado, á fin de que se creyera mas fácilmente que las había hollado el cuerpo de la princesa al rodar por el precipicio. Así, nadie sospecharía la huida de la jóven, creyéndose que un funesto accidente la habría arrancado del mundo.

—Princesa, vuestras órdenes están cumplidas: ahora marchemos.

—Todavía estoy conmovida por el gran peligro que acabas de correr por mí: deja que te manifieste toda la gratitud de mi corazón por tu admirable conducta.

—No he hecho mas que mi deber.

—Sí, sí: todas las grandes acciones que ejecutas no son á tus ojos sino el cumplimiento de un deber; mas yo creo que solo tu abnegacion, tu desinteresada adhesión á mi familia es el móvil de ellas.

—El tiempo corre, princesa,—dijo Wasili interrumpiéndola, embarazado por los elogios de la jóven.

—No me llames princesa: ya no lo soy: mi rango ha quedado sumido en el abismo....

—Para mí sois mas que una emperatriz,—replicó Wasili inclinando una rodilla ante Olga y besándola la mano:—sois la piedad filial bajada del cielo, y os juro ante el Eterno emplear todos los dias de mi existencia en procurar vuestra felicidad. Princesa Olga Toskoia, recibid mi homenaje.

Olga sintió rodar por sus mejillas dulces lágrimas, y contestó sencillamente:

—Gracias, amigo mio, no esperaba menos de tí: jamás olvidaré esta noche.

—¡Ni yo! murmuró una voz entre los árboles.

Mas no fué oída de Olga ni de Wasili.

C. A. DE L.

JULIA.

(Continuacion.)

XIII.

Lunes 9 de Agosto.

«¿Qué ha ocurrido, Julia de mi alma? Ayer tarde, segun me dijiste el sábado, fuí al Astillero en el barco de las dos, y te estuve esperando hasta las seis y media. Cada vez que divisaba á lo lejos un bote, se me figuraba que era el tuyo, é iba á apostarme entre los árboles de la esplanada para verte pasar. ¡Inútil trabajo! el bote llegaba, y mi esperanza se desvanecía. ¿Qué ha ocurrido? ¿has estado mala?... ¡Esta sola idea me hace estremecer! porque, si tal desgracia sucediera, ¿cómo podría vivir sin verte por espacio de ocho, diez ó quince dias?...

»Tan pronto como Luisa te entregue esta, escribeme cuatro líneas para sacarme de dudas.

»Anoche tampoco te ví en el palco, y esta coincidencia contribuyó á aumentar mis inquietudes.... Cuando en mi segunda salida levanté los ojos y noté que aun no habías venido, no sé cómo pude continuar trabajando. El teatro me parecia un desierto. ¿A dónde está? ¿qué hace?—me preguntaba—y los mas sombríos pensamientos cruzaban por mi imaginacion. ¡Tengo tanto miedo de perderte, Julia mia! tanto, como debe temer de quedar sumido en las tinieblas el pobre ciego que, después de muchos años de oscuridad, consigue por fin ver la luz del sol y las galas de la naturaleza.

»¿Qué era mi vida antes de conocerte?

»Un calabozo alfombrado de espinas. Si volvía los ojos al pasado, no encontraba mas que dolores; si los fijaba en el porvenir, lo veía negro y pavoroso, como la boca de un sepulcro.

»¡Pero te hallé, mi dulce arcángel de cabellos de oro, y gracias á tí, el mundo se transformó en un paraíso, y el sol de la esperanza iluminó de repente el alma del infeliz precito, marcado por el sello de la fatalidad; y mi corazón, herido en todas sus fibras y abrevado en la hiel de mis amargos recuerdos, volvió á latir de nuevo como si se hallase en el albor de la adolescencia!

»He aquí por qué temo tanto perderte, Julia mia; porque sin tí, la vida me sería insoportable. ¿Qué me quedaba entonces? ¡Nada! ¡terrible palabra, cuya amar-

gura solo comprenden los que la han llevado escrita en el corazon durante mucho tiempo!

»Y no obstante, cuando veo la distancia que nos separa, cuando fijo el pensamiento en lo que soy y en lo que eres, no puedo menos de decirme que es necesario desechar esta loca ilusion que me acaricia á pesar mio, arrancar de mi alma tu imágen querida, y coger el báculo del viajero para proseguir, solo y desventurado, mi camino por el desierto del mundo. La sociedad, Julia de mi alma, ha puesto entre nosotros un abismo de preocupaciones, pero tan inmenso, que nunca podrá llenarlo tu amor, por grande que sea. ¿Por qué no naciste como yo, pobre artista, ó por qué no me colocó la fortuna sobre un trono, para poder ofrecerte una corona? ¡Oh! ¡con cuánto orgullo la depositaria á tus piés! Entonces serias reina dos veces: una por la hermosura, y otra por mi amor.

»Ayer, si nos hubiéramos visto como esperaba, tenia proyecto de hablarte formalmente de lo que llamaré siempre *nuestras locuras*, hasta el momento en que las vea convertidas en realidad. ¡Ay! ¡ese momento no llegará nunca, Julia! Tu corazon, apenas abierto al soplo de la juventud, no tendrá jamás firmeza bastante para salvar la distancia que media entre nosotros. El dia en que reflexiones por espacio de algunos momentos, comprenderás que un artista como yo es un sér maldito del cual huye todo el mundo, y retrocederás asustada, abandonándole á su fatal destino. Por eso es indispensable, Julia mia, que desvanezcas mis locas esperanzas; que me digas que obedeciste á un impulso de bondad irreflexiva, y que te arrepientes de haber tendido la mano al pobre naufrago, y de no haberle dejado que se ahogara completamente en el mar de sus amarguras. ¡Ah! dímelo así, Julia, yo te lo suplico: el desencanto seria hoy cruel, muy cruel, porque el mal está ya hecho; pero mas adelante.... ¿calculas tú cuáles serian mas adelante las consecuencias de semejante golpe?

»Hace apenas un mes que nos conocimos, y en ese corto período has conseguido despertar en mi corazon sentimientos que yo creia muertos para siempre. Tú no eres para mí una muger, sino un ángel regenerador. La hoguera encendida en mi corazon por esos ojos que robaron al cielo su hermoso azul, ha purificado mi alma y hecho renacer mis ilusiones, marchitas por el emponzoñado aliento de tristes desengaños. Al amarte, la amistad, la nobleza, la gratitud, la abnegacion, todas las virtudes que elevan al hombre sobre el barro mundanal, y que yo creia vanas palabras, han vuelto á sonreirme como en los primeros años de mi azarosa juventud. ¡Una palabra tuya fué bastante para obrar este milagro, para retirarme de la sima de la decepcion y del sufrimiento, y hacerme subir á la cumbre de la felicidad!.. Pero, ¿es un sueño, Julia? ¿tengo ante mis ojos un prisma encantado que me

transforma en un paraiso los horrores de mi antigua cárcel? ¡Ay! ¡si es así, despiértame, porque si el sueño se prolongara, el despertar seria morir; rompe ese prisma antes que mis ojos se acostumbren á mirar las galas de ese eden, porque luego el contraste los haria quedar sumergidos en un mar de horribles tinieblas!

»No dejes de escribirme, aunque no sea mas que dos lineas, para que me saques de dudas; porque no puedo tener tranquilidad mientras no sepa el motivo de tu ausencia del Astillero y del teatro.

»Son las once, y voy á ponerme á estudiar: mañana tengo dos ensayos.

»Para no despertar sospechas, dí á Luisa que me dé tus cartas por la noche: yo estaré á las nueve, siempre que no haya teatro, paseándome por detrás de la aduana.

»Adios, Julia mia; dime por Dios cuándo te puedo hablar, porque, te lo repito, es indispensable que tomemos una determinacion decisiva.

(Se continuará.)

RECUERDOS DE UN VIEJO.

«¡Como sois tan bueno! ¡oh! qué bueno sois!» Doble exclamacion de que estoy orgulloso y que me hace considerar feliz haberla merecido.

Sí, creo haberla merecido: deseaba esta recompensa, pero no tenia el atrevimiento de esperarla. ¡A qué precio no la hubiera yo adquirido! ¡Qué felicidad que me haya tocado! He aquí una de esas cosas que no se olvidan jamás; que recompensan un largo pasado y dan valor para el porvenir.

Y si considero quién ha pronunciado estas excelentes palabras y en qué circunstancias se me han dirigido, no pareceria extraño que mi reconocimiento se inquietase por elevarme al nivel de tanta bondad, gracioso privilegio de la muger que, hija, esposa, madre, se muestra siempre buena y excelente.

¡Ah! si yo pudiese alabar cuanto merecen sus votos, diria á quien quisiera oirme:

Ved esta muger tan sensible como esforzada, sumida en el mas terrible desconsuelo. Todo lo que puede afligir un alma humana, ha venido paso á paso á pesar sobre ella.

Hace un mes que apenas sale de una continua alarma. Habia temido por su marido; el peligro se desvaneció felizmente, y su corazon, entregado á su única solicitud, volvió á los dos objetos de su ternura, su madre y su hija.

Pero Dios no le concedió mas que un momento para respirar y sonreir.

Habia dispuesto que se rompiesen sus vínculos con el

pasado y el porvenir, y casi al mismo tiempo fué doblemente herida como madre y como hija.

¡Oh! Dios mio, perdonadnos si preguntamos: ¿Por qué tantos y tan rápidos sufrimientos?

Conocemos bien sus virtudes: sospechamos, sin embargo, que ella reserva otras aun para tan críticas ocasiones. Así la vemos hoy día siempre afligida, pero resignada, renunciando á las esperanzas, recelosa de toda otra cosa que de ella misma; digna madre, digna esposa, fuerte como su marido y dulce como su hija.

¡Su hija! este objeto de su amor se ha convertido en el objeto de un culto maternal. Y he aquí los que para en adelante son los hábitos de esta madre. Desde que ha provisto á las necesidades de la vida comun, que por un lado está segura de la tranquilidad de su corazon, se entrega á la existencia invisible que se continúa sobre ella á lo lejos, y recogiendo sus pensamientos, le consagra las mejores aspiraciones de su alma.

Así, ¿qué ha imaginado para honrar la memoria que despues debe llenar su vida? Multiplicar los actos que otras veces la servian de ejemplo, y que hoy día se transforman en homenajes. Derramar sobre el nombre de su hija, tan buena, tan generosa, las pruebas de un amor que dirige bajo cualquier forma un voto, ó deposita un suspiro.

¡Ella, tan desolada, es imágen de consuelo para los que sufren otros dolores que el suyo: ella, ofrecida á eternos pesares, se une á los anhelos de los que pueden aun alimentar esperanza! Volviendo su atencion del cielo á la tierra, sus miradas no se ofenden de las alegrías que por imprudencia se permiten en su presencia. No espera mayor dicha en esta vida, pero no quiere arrancar á otras personas sus ilusiones, su confianza y sus quimeras. ¿Quién la sostiene así sobre su infortunio? El pensamiento de que Dios la guarda su hija para volvérsela; tesoro de bondad que ella no ha podido agotar cerca de este sér querido, y que prodiga en derredor suyo con una largueza que no empobrecerá.

N. M.

LA CÓLERA.

¿Cuáles son los efectos de la cólera sobre el cuerpo?

La cólera es la pasión que se manifiesta con mas fuerza y vehemencia: su acción sobre el cuerpo es tan violenta, que frecuentes ejemplos han venido á probar que ella misma puede ocasionar una muerte repentina, ó al menos muy graves enfermedades. De estas, las mas ordinarias son: 1.º, la ictericia; 2.º, inflamaciones agudas que sobrevienen principalmente en el hígado; 3.º, la rotura de cicatrices; 4.º, accesos de fiebre ardiente; 5.º, fuertes hemorragias; 6.º, epilepsia; 7.º, convulsiones

y otras enfermedades nerviosas extremadamente graves.

¿Cuáles son los efectos morales que produce la cólera?

Además de los accidentes físicos que hemos dicho produce la cólera, esta tiene aun por efectos: 1.º, agriar el carácter y hacerlo cada vez mas insufrible, á medida que esta pasión se apodera del individuo; 2.º, arrastrarnos á violencias culpables que nos llevan á veces hasta el delirio; 3.º, mantener una lucha fatigosa que impide muchas veces hasta la intimidad en los lazos de familia, entre todos los que están obligados á vivir con nosotros; 4.º, separar de nosotros todas las personas de un carácter dulce y tímido, que evitan cuidadosamente la sociedad de los que son violentos y arrebatados.

Las mugeres, á causa de su mayor sensibilidad, están mas sujetas á la cólera que los hombres; la menor contrariedad las irrita é impele á arrebatos violentos. Esta costumbre de ceder tan fácilmente al pecado que las domina, las agría el carácter y las hace ásperas.

¿Cuáles son los medios de combatir el pecado de la cólera?

El medio mas eficaz de combatir la inclinacion á la cólera, es reprimirla en el niño siempre que se vea en él muy desarrollada; y esta represion debe hacerse por medio de la dulzura, por razonamientos frios y sérios, pero jamás con violencia, que no hace mas que excitar la pasión en vez de calmarla. Como esta fogosa pasión no hace mas que acrecentarse en la juventud y la edad madura cuando no ha sido combatida en la infancia, solo una razón superior, que no se encuentra sino en las personas de alta inteligencia y firme voluntad, puede dominarla.

El pecado de la cólera procede exclusivamente del temperamento, y el régimen habitual de las personas tiene una gran influencia sobre él. El que conviene para atemperar esta pasión, consiste: 1.º, en evitar cuidadosamente los excesos de la mesa, el café y el vino; 2.º, no hacer uso mas que de un alimento suave, refrigerante y poco sustancioso; 3.º, tomar baños templados ó frios, que convengan al estado de salud del individuo; 4.º, si la fuerza del temperamento resiste á estos medios, que tienen todos por fin calmar los nervios muy irritados, se puede recurrir á la sangría, practicándola en épocas mas ó menos próximas; 5.º, en fin, evitar cuanto sea posible todas las circunstancias que puedan irritar el carácter.

(ORFILA, HIGIENE POPULAR.)

MÁXIMAS MORALES.

Los niños, si se planta hoy un árbol, mañana van á ver si ha echado raíces; los hombres graves, si plantan

LA EDUCANDA.

Mayo, 1862.

Huertas, 28, principal, Madrid.



hoy un árbol, mañana lo riegan, y esperan luego que el tiempo lo arraigue y el árbol fructifique.

La conciencia de una vida provechosa y caritativamente empleada, es, en verdad, uno de los mas dulces consuelos en la hora de la muerte.

Las razones, ni los mejores discursos, han enseñado jamás cosa alguna á los que no quieren aprender.

Mas daños causa la falta de cuidados que la falta de ciencia.

La muger es el corazon de la familia.

Lo que las mugeres aman, las paredes lo aman.

La madre, la esposa, la hermana, son las verdade-

ras *musas* de la familia; lo que ellas inspiran es lo que aspiran y sienten los parientes y hasta los amigos.

Debe acudirse antes á calmar un resentimiento que á apagar un incendio.

El hombre vive mas de la paz del alma que de pan.

El desengaño camina sonriendo, dice Mad. Stael, detrás del entusiasmo.

Preguntándole á Esopo cuál era la cosa mejor que conocia,—*La lengua*, contestó.—¿Y la peor? le preguntaron de nuevo.—*La lengua*, dijo: todo consiste en saber usar de ella.

C. A. DE L.

Tarjetero.



Son necesarios para esta preciosa labor los materiales ó ingredientes siguientes: Tafiote ó cabra gris; cordoncillo de seda pensamiento, cordondillo de seda de tres matices de un color subido, felpilla lila claro, cordoncillo de oro, bullonado ó fleco cerrado de oro y perlas negras.

Para que esta labor quede bien ejecutada, es preciso que la haga una persona entendida y diestra. El dibujo se reproduce en las dos caras del porta-tarjetas ó tarjetero. Las hojas en forma de arabescos, se hacen al pasado con los tres matices del cordoncillo de color subido, que puede ser á eleccion del verde. Estas deben quedar en relieve, para lo que pueden rellenarse con algodón, á fin de que produzca mas efecto y puedan bordarse por un lado con un cordón de oro.

Las tres grandes flores, que van tambien rellenas, se

hacen al pasado en seda lila y se guarnecen con la tren-cilla clara del mismo color. Los cálices se hacen con el bullonado, que es fle-quillo cerrado de oro, y se guarnecen de perlas negras. Las florecitas se bordan tambien al pasado, rodeadas, lo mismo que los cálices, de perlas negras.

Los tallos y zarcillos se hacen con cordón de oro y mezcla de perlas.

Concluido el trabajo, se debe montar por un encuadernador.

Puntillas.

Esta labor de aguja se halla tan claramente

explicada en los grabados que la representan, que creemos excusado decir una palabra á nuestras lectoras, porque estamos seguros que la comprenderán á la simple vista.

C. R.

LA MUGER ECONÓMICA.

Muchos y muy diversos son los aspectos bajo los que suele mirarse la economía, y es por desgracia raro verla practicar en su verdadero sentido. Un gran número de personas envilecen esta virtud inscribiéndola en el catálogo de los vicios, muy próxima á la avaricia; y otros se engañan á sí mismos creyendo economía lo que no es mas que la privacion de lo absolutamente necesario para atender á lo que es verdaderamente supérfluo.

Esta virtud, que parece ser patrimonio esencial de la muger, merecia ser estudiada, comprendida y amada de todas en general; y no dudamos que este conocimiento reportaria beneficios inmensos á la sociedad. La economía bien entendida, es el equilibrio de los intereses de la familia; es la abundancia, la prosperidad, la salud; es, en fin, el fundamento de la alegría y de la paz doméstica. Lejos de ser avara, es espléndida y generosa; porque posee un inagotable tesoro que continuamente se adquiere con su oficiosidad; distribuye con acierto lo que conquista con el trabajo; es enemiga de la miseria, la evita en su casa y la remedia en la ajena: la economía es hermana de la beneficencia.

Encierra además esta virtud tantas otras, que ellas solas bastarian para decidir á muchos á practicarla. Sirvanos de ejemplo, para convencer de esta verdad, una señora en quien se verificó el cambio mas completo de ideas sobre este particular, advirtiéndole que era enemiga declarada de la economía, y hoy se muestra su mas entusiasta partidaria.

Esta señora, procedente de una familia distinguida y con una educacion esmerada, desconocia, sin embargo, las ventajas que proporciona una económica administracion de los intereses de la casa. Durante su juventud estuvo completamente apartada de este cargo, dedicada al cultivo de su inteligencia y sin que su mamá, señora del buen tono, se ocupara de imponerla en esas pequeñeces que constituyen la ocupacion mas propia y constante de la muger. De su matrimonio á su viudez fué muy corto el plazo transcurrido; y viuda ya, dueña de una buena fortuna, no necesitaba arreglar sus gastos sino á su capricho, manejaba los intereses con aquel descuido del que no teme que le puedan faltar un día; y como antes dijimos, odiaba, si así puede decirse, la máxima de «el que guarda halla» y seguida la de «mientras dura, vida y dulzura.»

Hábale quedado de su matrimonio una niña que contaba ya de cinco á seis años, y á quien doña Elisa, su madre, no escaseaba placer alguno, gastando á veces sumas considerables para satisfacer sus antojos infantiles. Esta niña constituia toda la delicia de su corazón, pero tambien empezaba á ser la causa de sus profundas amarguras. A manera que la niña adelantaba en edad, desplegaba un carácter atolondrado y discolo, contra el que se estrellaban todos los esfuerzos de su mamá para procurarla una educacion adaptada á su clase, proporcionándola excelentes profesores que la hallaron incorregible é inepta para todo. Su corazón era tan insensible á emocion alguna, que ni la impresionaban los castigos, ni la estimulaban las caricias; era, en fin, una niña de mármol, incapaz de admitir las dulces inspiraciones de la buena educacion. Su pasión dominante era la ira, sobresaliendo en tan alto grado, que la exponia frecuentemente á una exaltacion peligrosa. Su mamá sufría extremadamente con el carácter de su hija, pero ni le hallaba remedio, ni podia adivinar su procedencia.

Un día que la reprendia en el acto de estropear una hermosa muñeca, sumergiéndola hasta el fondo de un ba-

ño lleno de agua, acertó á llamar á la puerta de su casa una desgraciada muger, en extremo demacrada y que llevaba de la mano un hermoso niño de rubios cabellos, el cual, á pesar de lo pobre de sus vestidos, cautivaba la atencion por lo bello de sus formas y lo fino de su cutis, que nada tenia de comun con el de los seres desgraciados en quienes la pobreza se muestra con un repugnante ropaje. La señora, luego que se enteró de que aquella muger suplicaba humildemente una limosna, iluminada por el súbito pensamiento de corregir á su hija, mandó abrir la puerta á la mendiga y que la esperase en la antesala. Empezó á recoger con presteza cuantos juguetes constituian el ajuar de su pequeña Juanita, y asimismo algunas de sus prendas de lujo, y las presentó á la muger diciéndola:—«Tómeme V., hermana, ese niño apreciará estos juguetes que mi hija arroja ó destruye; guárdelos para él, y quiera Dios que le proporcione algun consuelo ver á su hijo gozar con lo que me ha ocasionado tantos sinsabores y disgustos.» ¡Ah, señora mial exclamó la mendiga: Dios premie vuestro buen corazón; pero perdonad si os digo que estos ricos juguetes no serán para que mi hijo los disfrute, sino que los venderé y con su importe podremos comer algunas semanas.

Parecióle á doña Elisa en sumo grado egoista el pensamiento de la pobre, y mas aun cuando vió que el lindo chicuelo devoraba con mirada codiciosa los juguetes, y dijo gravemente:—Dígame V., buena muger, y si yo no la hubiera dado esto, lo cual por un caso excepcional ha sucedido, ¿no hubiera V. tenido pan en esas semanas?

—La misericordia de Dios nos provee diariamente, replicó esta, pero debo decirles que mi hijo seria demasiado feliz con estas cosas, y yo no debo permitirlo.

Aquí subió de punto la admiracion de doña Elisa.

—¿Y cómo, buena hermana, se atreve V. á decir, siendo su madre, que le pesa ver á su hijo feliz, cuando desgraciadamente le podrá dar tan pocas veces lo que apetezca?

—Voy á explicarme, si así lo desea, amable señora. Mi hijo es feliz al presente: mire V. si no sus mejillas de rosa, y repare la alegría de su mirada: desconoce los placeres que no le es permitido gozar y no los echa de menos. Si yo le hiciese dueño de todos esos objetos que V. tan generosamente le dá, ¿con qué los resarciria cuando le faltasen? ¿Con qué supliria el vacío que le dejase la carencia de ellos?

No dejó de admirar doña Elisa la discrecion de la portuñera; y como estaba dotada de buen entendimiento, comprendió que no se las habia con una muger vulgar, antes por el contrario, conoció que la superaba en profundidad de pensamiento. Ansiosa de continuar la conversacion, instó á la muger á que pasase á su gabinete y tomase asiento, pues conocia que bajo aquella humilde apariencia se cobijaba una persona de educacion, y ella respetaba el talento donde quiera que se hallaba: por último, la suplicó que tuviese la amabilidad de referirle sus desgracias, si en ello no tenia inconveniente, por si en algo podia serla útil. Resistióse la mendiga algun tanto á permitirse la confianza con que doña Elisa la brindaba; pero despues de algunas instancias, hubo de tomar asiento cerca de ella, y colocando á su tierno hijo sobre las rodillas, dijo con voz conmovida:

—En pocas puertas he llamado donde me hayan hecho tan dulce acogida; pero ya no me extraña cuando descubro en ese semblante tanta bondad, pues la caridad con los necesitados es innata en las almas nobles como lo es la suya. No tengo inconveniente alguno en contarle la historia de mis desgracias; porque, Dios sea bendito, no proceden como muchas de la carcoma de los vicios, que acaban por destruir salud y fortuna, sino por la mano

del Todopoderoso, de quien debemos recibir con mansedumbre lo próspero como lo adverso. No os cansaré con largas digresiones, y solo os diré que hace tres años que murió mi marido, y mis escasos bienes, que se reducían á algun menaje de casa y muy cortos ahorros, han sido mal manejados y consumidos por unos parientes, que hubieron de hacerse cargo de todo ello durante una larga enfermedad á consecuencia de haberme quedado baldada un día en que bajé al río á lavar las ropas de mi hijo y las mías, pues no tenía mas recursos que los que yo me agenciaba y economizaba. La falta de costumbre en estas faenas, me atrajo tan grave padecimiento; y notando el desagrado con que mis parientes llevaban mi enfermedad por los gastos que les ocasionaba, resolví trasladarme á un hospital, dejando á mi hijo bajo su custodia, suplicándole que le proporcionasen todo lo necesario con el producto de la venta de mis muebles, puesto que yo para nada los necesitaba entonces. Hiciéronlo en efecto; y cuando despues de un año salí del hospital, solo me quedaba la ayuda de Dios y mi querido hijo. Podía haberme ganado la vida en cualquiera parte, pero para ello tenía que enagenarme de él llevándolo á un hospicio, y he preferido pedir limosna hasta que el Señor nos depare mejor suerte, antes que exponerlo á los peligros que podían rodear su inocencia y corromper su corazón, lejos del amoroso cuidado de su madre.

Al llegar aquí la mendiga estampó un beso lleno de ternura en la frente del alegre y rubio chicuelo, que se lo devolvió con un abrazo de infantil entusiasmo.

—Admiro y respeto tanta abnegación, repuso doña Elisa, mas creo haber entendido antes que su hijo era completamente feliz en su estado, y desearía que V. me explicase la manera con que sabe infundir tan saludable conformidad en esa tierna criatura, ya que por desgracia Dios no me ha revelado el secreto de poder yo hacer feliz á la mía disponiendo de muchos mas medios para conseguirlo.

—Es sumamente sencillo, amable señora: mi mas constante desvelo es apartar de su vista todo aquello que no está en mi mano prodigarle; y al mismo tiempo premiar su obediencia y buenas acciones con algun placer extraordinario, que le es tanto mas grato, cuanto mas de tarde en tarde se lo proporciono. Por ejemplo: el salir un día al campo y correr por la verde pradera tras las mariposas, es el colmo de su felicidad. Por lo demás, la alegría propia de la edad temprana, hace que viva en general satisfecho y no necesite buscar recursos para distraerlo.

Doña Elisa no quedaba enteramente satisfecha de las respuestas de la buena madre, porque al fin y al cabo la posición de entrambas era muy diversa, y de ninguna suerte podía creer que los medios empleados por aquella en la educación de sus hijos, podían ser útiles á esta; así es que insistió.

—Dice V. que aleja de la vista de su hijo todo aquello que pudiera desear para no excitar su deseo: comprendo en esto que V. previene y evita un mal, pero no le proporciona un bien. Véame V. á mí que, aun con sacrificios de alguna consideración, procuro llenar todos los deseos de mi hija; y no por eso crea V. que la he visto gozar de la manera que me asegura goza su hijo en solo un rato de sencillo recreo.

—Es, respondió la pobre, que aun cuando yo poseyera cuantiosas riquezas, no daría á mis hijos mas ratos de solaz que los que ahora le doy, porque es mala la codicia de los placeres, y peor en demasía el hastío de ello. Mirad si no cuántos humildes artesanos hay felices en su medianía, y cuántos opulentos desesperados en su abundancia. Dichoso el que sabe economizar los placeres,

ellos le harán feliz mientras los facilite á su corazón como un descanso entre las fatigas y penalidades de la vida, no como un pasto que ha de prodigarse como si el hombre hubiese venido al mundo solo para gozar. Dichosa V., señora, si sabe conceder á su hija los placeres con prudencia, porque entonces no se vería, ni en el penoso afán del que de todo carece, ni en la abatida situación del que de todo se harta. El corazón humano desea incesantemente, y desea el hombre que pone su planta en la senda de la vida. Ese anhelo del alma que busca sin encontrar, porque busca el último fin para que fué criado, si bien nunca se extingue, se templa al menos con las emociones agradables que en el mundo experimentamos; mas si apuramos en poco tiempo todos los deleites que nos es dado disfrutar, ¿qué esperamos despues? Muerta la esperanza, ¿qué sobrevendrá sino el desaliento ó la desesperación? Créame V., señora, no sea tan solícita en procurar á su hija tanta felicidad; ella es harto dichosa en poseer las caricias maternas; dejadla gozar ahora de solo ese bien; no la distraigais de esa dicha con cosas superficiales, no deslumbreis su inocente alma con espectáculos nuevos, con fiestas y paseos: en el hogar, sobre las rodillas de su madre, hallará mas solaz que en todas esas exterioridades que aun no puede comprender. Mas cuando la edad, desenvolviendo su entendimiento, la descubra que hay algo mas allá del hogar doméstico, proporcione V. á su hija los placeres con medida, á fin de que le alcance para entretener su afán dilatados años: economizad mas ese tesoro que una cuantiosa fortuna, porque el oro se repone, pero el corazón gastado no se recupera. Al oír doña Elisa estas palabras, vió aclararse el misterio que ella no había sabido descifrar, y comprendió á su vez la causa del fastidio y mal humor que experimentaba la tierna Juanita, víctima ya de la extremada complacencia de su madre. Algunas lágrimas de reconocimiento rodaron por sus mejillas, y con tono afectuoso dijo á la mujer:

—La soy á V. deudora de mi felicidad: me ha descubierto un abismo en que verdaderamente hubiera caído, si el cielo no me avisase por sus labios. Gracias, gracias mil veces, y cuente V. siempre con mi amistad y mi apoyo. Ahora comprendo cómo puede uno ser feliz en medio de las privaciones; y ese ángel que estrecha V. en sus brazos, podrá ser el mas feliz de los mortales, teniendo por guardian de su existencia tan buena y discreta madre. Estas y otras muchas palabras, todas respirando gratitud y bondad, cruzaron aquellas dos buenas madres, y por fin se despidieron, prometiéndose ambas volverse á ver y tratar de nuevo de la educación de sus hijos.

Al cabo de un mes de esta entrevista, todos los amigos de doña Elisa estaban asombrados del diverso giro que esta daba á sus negocios y el diferente modo con que se conducía en lo concerniente al empleo de sus intereses. Habíase vuelto mas activa, laboriosa y metódica; y como á veces la ociosidad nos incita hasta la indiscreción, no faltaron algunas personas que se atrevieron á preguntarle el motivo de aquella transformación, á lo que respondió doña Elisa:—Es que me he vuelto económica.

—¡Ah!!! ¿con que al fin... —Nó, señores: la economía del metal no me ha decidido, sino porque es el instrumento de todos los placeres.

Doña Elisa refería con el mayor placer á sus íntimos amigos la famosa lección que le había dado la discreta pordiosera.

MICAELA F. Y G.

MODAS.

Las toilettes de mas novedad que luce el bello sexo en la estacion calurosa, que tan anticipadamente se hace sentir este año, son del mas delicado gusto, y dan una prueba inequívoca de los inagotables recursos con que la moda cuenta para aumentar incesantemente los atractivos de la belleza. Suponemos que interesarán á nuestras jóvenes lectoras las descripciones que vamos á hacer de trajes, que en los últimos dias se han aceptado como de todo rigor entre las mas elegantes.

Vestido de fulard, color de ceniza con rosas y rayas negras trasversales. El bajo de la falda adornado con una greca, formada por una cinta de terciopelo negro de tres centímetros de ancha, y que lleva á cada lado, siguiendo los mismos contornos, otra cinta de terciopelo negro de un centímetro de ancha. Cuerpo liso, cerrado por botones de terciopelo negro, y á cada lado una greca parecida á la de la falda, de terciopelo mas estrecho. Mangas abiertas al sesgo, cogidas en el bajo con un boton de terciopelo negro; la hendidura sube hasta el codo en una extension de diez á quince centímetros, guarneciendo la manga y la hendidura una greca igual á las anteriores. La manga blanca pasa al través de la hendidura; el puño de esta es ancho y recubierto con un rizado, compuesto de cuatro órdenes de encaje blanco de un centímetro de ancho. Manteleta de tafetan negro adornado á crochet de seda negra y guarnecida de encaje negro de Chantilly.

Vestido de granadina de lana color malva con dibujo del mismo color, pero mas subido. El bajo de este vestido vá adornado con cinco volantes plegados, cubriendo un espacio de veinte centímetros esclavina de cachemir gris, bordada con seda negra y mezcla de trencilla del mismo color. Sombrero redondo de paja blanca adornado con una gran pluma negra y otra mas pequeña roja.

Vestido de alpaca color Habana. La falda está guarnecida con dos rizados escarolados de tafetan del mismo color que el vestido. El primero de estos rizados está sentado en ondulaciones en un sentido, y el segundo en sentido inverso, de manera que los dos formen casi óvalos. Cuerpo alto: cinturón de largos cabos guarnecidos con un rizado estrecho. Mangas anchas con el mismo adorno de la falda.

Vestido de glasé á cuadros lila y blancos. El paño de adelante forma tabla: es liso; y partiendo de los lados, y sobre todos los paños, caen perpendicularmente dos rizados escarolados de tafetan lila muy subido de centímetro y medio de anchos, con una separacion de seis á ocho centímetros. Tres rizados semejantes forman berta á cada lado del cuerpo, liso y que termina en punta. Mangas anchas y extremadamente largas, fruncidas perpendicularmente todo alrededor, de modo que formen bullonados sobre la manga interior. Sobre estos frunces lleva rizados

separados por un espacio de cuatro centímetros: un rizado semejante guarnece las mangas.

Vestido de glasé negro. Falda adornada con un volante de quince centímetros de ancho, al que vá sobrepuesto un rizado escarolado que se entrelaza remontándose por los lados hasta el cuerpo, que es liso y á punta: el mismo rizado estrecho guarnece la manga alrededor, cuyo bajo lleva un volante semejante al de la falda, entrelazando su rizado hácia el codo.

Vestido de seda chiné, color de albaricoque. El bajo de la falda guarnecido con cinco rizados plegados, cordoneados de tafetan rojo fruncido. El primero de estos rizados tiene ocho centímetros de ancho, y los siguientes van disminuyendo un centímetro. Casaca de glasé negro sin ajustar, guarnecida por delante con vueltas de encaje negro, disminuyendo de ancho hácia el talle y perdiéndose bajo un gran *fichú* de encaje negro: las mangas son muy anchas y con vueltas de encaje. Sombrero de paja adornado con cintas del color del vestido, y diadema de rosas de un rojo subido.

EMILIA R. Y R.

EXPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS

PARA LA EDICION COMPLETA Y SUSCRICION ESPECIAL.

- Núms. 1 y 2. Cuello y mangas á plumetis sobre muselina ó *chaconás* puesta en doble.
 Núm. 3. Tira á feston y plumetis.
 Núms. 4, 5, 6 y 7. Tiras para funda de almohada á feston, con algodón núm. 30.
 Núms. 8 y 9. Guarniciones á la inglesa, para vestidos, pantalones, etc.
 Núms. 10 y 11. Pequeños escudos para pañuelo, á plumetis.
 Núm. 12. Escudo sencillo á plumetis y punto de armas con corona de Marqués, á plumetis.
 Núm. 13. Escudo para pañuelo bordado á plumetis y punto de armas. En las hojas puede reemplazarse el plumetis por el punto de pluma. Los ojetes, indicados por una cruz, se harán á aguja con hilo de Irlanda.
 Núm. 14. Dibujo para acerico á la inglesa.
 Núm. 15. Pañuelo á plumetis con ojetes y guirnalda por via de escudo.
 Núm. 16. Guarnicion con trencilla para vestido de señora y de niño.
 M. Y. Letras á feston pedidas por una suscritora.
 J. Y. Id. id. id.
 M. pedida para pañuelo de una Virgen.
 C. G. V. enlazadas, pedidas tambien por una suscritora.
 L. B. C. D. T. id., para pañuelo á plumetis, con algodón núm. 50.
 J. T. F. B. id., á realce y abiertas.
 F. G. id., á realce.
 D. G. M. S. id. id.
 M. Y. id., góticas, á plumetis.

SOLUCION

del geroglífico inserto en el número anterior.

El ejército español ha dado brillantes batallas al marroquí.